

JAIME LABASTIDA  
LA PALABRA ENEMIGA



## ÍNDICE

Advertencia	5
La palabra enemiga	7

### LENGUA Y LENGUAJE, GLOSA Y LOGOS

La lengua poética	23
Post scriptum	42
Martin Heidegger. La poesía y el silencio	49
Discurso por la lengua española	56
La fiesta de la palabra	63
Pensar en español	68
La lengua científica	73
Conocimiento elíptico	87
Teatro y literatura	98
Filosofía y poesía	107
Justicia, literatura y derecho	118
Sobre pintura y poesía	133
Una breve comparación entre las mitologías náhuatl e incaica	137
En busca del canon perdido	146
Poesía y filosofía. El verso y el juicio	159

### LA POESÍA

¿Rimbaud en diez preguntas?	175
Rimbaud. Poeta absolutamente moderno	179
Eliseo Diego. Niño perenne	182
Nicolás Guillén y Eliseo Diego. Contrastes entre su poesía	189
Pedro Mir. Viaje hacia la muchedumbre	198
Agustí Bartra. Su poesía	202
El modernismo en México	209
La poesía mexicana (1965-1976)	215
Narciso y los Contemporáneos. Tres grandes poemas	230
Los Estridentistas hoy	241

Carlos Pellicer. Los sentidos solares	243
Gilberto Owen en su centenario	250
Enrique González Rojo. Poesía, 1918-1939	254
“Muerte sin fin”. Una contrateodicea	267
“Muerte sin fin”. Una posible interpretación	275
Alí Chumacero. La raíz amorosa de su poesía	282

## LA PROSA

Tiempo y estructura en la narrativa latinoamericana	289
Cortázar y Offerhaus	305
Alejo Carpentier. Realidad y conocimiento estético	308
Eça de Queiroz. ¿Creador de un género?	326
Monterroso. Un informe	331
Luis Cardoza y Aragón. Un hombre lleno de agonías	336
Martí. Mi tiempo, un mundo nuevo	341
Un gran mural literario	348
José Revueltas. Literatura, realidad y política	355
José Revueltas. Para desmitificarlo	375
Revueltas. Los senderos que se bifurcan	384
Luis Spota. Su lugar en la literatura mexicana	392
Carlos Fuentes. Entre el ensayo y la ficción	397
Élmer Mendoza. Narrador contemporáneo	406
Victor Serge. Sobre <i>El caso Tuláyev</i>	411

## APÉNDICE

Octavio Paz y la censura	427
Carta de Octavio Paz	433
Respuesta de Jaime Labastida	435

Índice onomástico	437
-------------------	-----

---

## ADVERTENCIA

---

Un libro como éste, que recoge materiales escritos a lo largo de casi 50 años, está hecho de heridas. Toda historia, aun si se trata de una historia personal, se construye por desgarros (del corazón o del cerebro). A esta suerte no escapa ni siquiera una historia de orden intelectual, en la que cada texto indica un alto, pero también heridas quizá no cicatrizadas.

De haber sido escritos ahora, muchos de esos textos serían diferentes, con otro estilo. Y como el estilo es el hombre, denuncian un tránsito. ¿Tengo derecho de modificarlos? ¿Verlos desde lo que ahora soy, corregirme, censurarme? ¿Debo renunciar a lo que fui, ofrecer una falsa imagen de mí mismo, como si no hubiera sufrido cambios? En toda historia hay muertes; acaso alguna resurrección. Aquí encontrará el lector textos que tal vez conserven su vigor. No me he atrevido a tocarlos, pese a que ya no comparto por entero lo que dicen. Alguno me parece escrito por una persona distinta de mí. Pero todos tienen vida propia. Los abandono, que sigan su incierto camino. Otros fueron escritos en fecha reciente. Pero ¿quién podrá decirme lo que pensaré dentro de poco? Con todos los defectos que esos textos poseen (defectos del hombre que fui y del que seré, por consecuencia), los asumo y los acepto. Los he recogido de diversas publicaciones: el más antiguo se publicó en *El Gallo Ilustrado*; otros, en *Plural*, de *Excélsior*, revista que dirigí desde junio de 1977 hasta diciembre de 1993. Quien compare este libro con la primera edición (Aldus, 1996), advertirá muchos cambios: he incorporado textos nuevos y suprimido otros, de orden circunstancial. Algunos tuvieron en su origen un carácter oral: fueron dichos en distintos foros; en cierto sentido, están encabalgados entre la palabra dicha (¡la palabra dicha!) y la escrita. A su diversidad de origen y de tiempo, se suma su diversidad de origen temático y la práctica imposibilidad de obtenerlos, como no sea en las difíciles hemerotecas del país.

No sé si sea por audacia o por inconciencia que los dejo intactos. Espero que ellos y yo envejecamos con cierta dignidad.

JAIME LABASTIDA

Ciudad de México, 15 de junio de 1996 y 28 de agosto de 2008

---

## LA PALABRA ENEMIGA<sup>1</sup>

---

*"Tis but thy name that is my enemy;  
Thou art thyself, though not a Montague.  
What's Montague? it is nor hand, nor foot,  
Nor arm, nor face, nor any other part  
Belonging to a man. O, be some other name!  
What's in a name? that which we call a rose  
By any other name would smell as sweet;  
So Romeo would, were he not Romeo call'd,  
Retain that dear perfection which he owes  
Without that title. Romeo, doff thy name,  
And for that name which is not part of thee  
Take all myself.*

SHAKESPEARE, *Romeo y Julieta*  
(acto II, escena II, 38-48)

He aquí, al desnudo, nuestro problema. Una joven habla como un filósofo, turbada por el amor. Sabe que existe una oposición brutal entre los nombres y las cosas o, como lo expresaría siglos más tarde un lingüista, entre el significante y el significado. Advierte también que existe una oscura relación, que no comprende, entre el nombre del muchacho que ama y los atributos que éste posee. ¿Qué hacer, entonces? Romeo, ¿debe rechazar su nombre, para abrazarla a ella, entera? Ni en el nombre de Montesco ni en el de Romeo hay manos, pies, brazos o rostro que le pertenezcan. Lo que llamamos rosa, bajo cualquier otro nombre desprendería su dulce aroma. ¿Qué hay en un nombre? ¿Qué es un nombre? ¿Qué está en un nombre? *What's in a name?*

Shakespeare usa el significante *name*, que viene del latín *nomen*, ~ *inis* y éste, a su vez, del griego ὄνομα que en castellano dio el significante nombre. Platón, vayamos a los antecedentes más ilustres, examina algunos nombres griegos (sustantivos o nombres propios, opuestos a verbos); busca la etimología, el significado de las palabras. Quisiera decirlo con cuidado,

<sup>1</sup> Revista *Fronteras*, México, año I, vol. 1, núm. 1, primavera de 1996.

Platón, el pobre, ignora la diferencia entre significado y significante, no ha leído a Saussure. ¿Qué habría sucedido si Platón hubiera emprendido la lectura de Ferdinand de Saussure? ¿Qué sería del *Cratilo*?

El nombre, el significante, es un conjunto de sonidos. ¿Puede desprenderse de su significado? Ese conjunto de sonidos posee un sentido, designa un objeto, evoca una cosa. Si tal sonido crea en el que lo escucha la imagen del objeto, el significante (el arbitrario nombre de la rosa) será eficaz y cumplirá su función. Romeo y Montesco son sólo nombres, es cierto, pero encierran algo más que los brazos y el rostro de un adolescente: la historia de una familia; violencia y muerte; odio, un amor imposible, la tragedia. Pues la tragedia de Romeo y Julieta se desencadena por esa cuestión aguda de los nombres, problema sencillo que una muchacha enamorada no comprende. ¡Despójate de tu nombre!, he ahí la petición brutal de Julieta. Ella, sin embargo, ¿dejará de ser una Capuleto?

¿Qué hay en el nombre? Sonidos, un conjunto arbitrario de sonidos que posee, empero, sentido, significado. Saussure rompió el nudo gordiano y nos hizo saber que la relación entre el significado y el significante no era necesaria. ¿Por qué en Julieta, sin embargo, el nombre de Romeo aparece cargado con tales tintes de pasión? Ella no está enamorada de un nombre. Pero ese sonido evoca en ella a una persona, el muchacho de carne y hueso que ha visto, unos momentos antes, en un baile. Ama algo que llamamos real, unido a un nombre. Julieta, lo mismo que Platón, no pudo leer a Saussure e ignoraba que el significante era arbitrario. La tragedia de estos amantes, ¿se habría evitado si los jefes de las dos familias enemigas hubieran estudiado la lingüística estructural?

La palabra ¿es enemiga de la cosa? ¡Sólo tu nombre es mi enemigo! ¡Nada más que tu nombre es mi enemigo! La palabra es la enemiga. La palabra asesina, evita la relación directa con el joven que Julieta desea, ese muchacho que, al despojarse de su nombre, podría tomarla, entera. ¿Sabe Julieta lo que dice? ¿Puede Romeo tomarla, tal como ella lo reclama, *all myself*, ella misma, entera? ¿Su nombre incluido?

La poesía y el amor se pronuncian como lo hace Julieta, con la conciencia de que el sonido de la palabra Romeo no es el joven que ella ama, con esa amarga sabiduría que revela que el nombre de la rosa no desprende perfume alguno. Pero, al propio tiempo, de acuerdo con una lógica implacable, la imposible lógica del amor y la poesía, con la inútil conciencia de que esas palabras no pueden decirse de otra manera ni con ningún otro

acento. En poesía, el significante y el significado van juntos y jamás pueden separarse.

La “pasión del significante”, dice por ello Jacques Lacan, se convierte “en una dimensión nueva de la condición humana”. No es “únicamente el hombre quien habla”, añade, sino que “en el hombre y por el hombre”, lo que habla es el “ello”. Así, a partir del análisis de la psicosis, Lacan descubre que el hombre posee una naturaleza “tejida por efectos donde se encuentra la estructura del lenguaje”.<sup>2</sup> Esto es lo que intentamos poner en relieve: que, en poesía, aún más que el significado, importa el significante, pues “ello” habla, es decir, hablan las estructuras del lenguaje.

A diferencia del sacerdote o el ciudadano, sumisos ante los dioses de la ciudad, el hechicero, dice André Bernand en un libro reciente,<sup>3</sup> se coloca en situación de “mando y pretende servirse de los dioses para la realización de sus designios personales”. El crimen más grave que puede cometer el ciudadano es “esta manifestación de desmesura, esta ὑβρις que coloca el interés personal por encima del bien general”. De ahí que el mundo de la magia “sea la ciudad al revés”, en tanto se sitúa al lado de “la pulsión, de la voluntad individual que se enfrenta al poder”. El mago no hace discursos, da órdenes. Se expresa de modo casi bestial. En ese mundo, la palabra posee importancia decisiva, tanto la escrita como la oral. En el mundo de la magia, la oralidad, el sonido, el número de letras de que dispone un nombre, el orden en que la imprecación se pronuncia, hasta la simple evocación, en la memoria, de un nombre prohibido, desata el mecanismo mágico, que nada podrá detener. Así lo siente el mismo Herodoto, que se niega a escribir los nombres de quienes profesan la doctrina de la reencarnación de las almas, entre los griegos, pese a que los sepa. Bernand comenta: “Herodoto conoce la fuerza que poseen los nombres en las tabletas mágicas y no desea pronunciarlos, para no traicionar un secreto.”

Así, pues, tanto la poesía como la filosofía no sólo hacen uso de un instrumento común, sino que brotan de una misma raíz. Esa raíz común puede ser llamada, con un término ambiguo y acaso neutro, la palabra. Sin embargo, he de corregirme y necesito hacerlo de inmediato. Palabra tiene el mismo radical que parábola. En griego significaba lo mismo comparación

<sup>2</sup> “La significación del falo”, en *Escritos 2*, trad. Tomás Segovia, Siglo XXI Editores, México, 1984, p. 668.

<sup>3</sup> *Sorciers grecs*, Fayard, París, 1991, pp. 73 ss.

que metáfora e imagen alegórica. De él lo tomó el latín y, lo mismo que en sus hijas, las lenguas romances, lo dividió en parábola y palabra. En el término encontramos ya el problema: la comparación, origen de todos los conflictos entre lo que llamamos realidad y lenguaje.

Palabra es un significante más amplio que concepto, menos preciso que razón, más fluido que pensamiento, con un contenido menos comprometedor que lengua o que lenguaje. Lengua designa, al propio tiempo, el órgano anatómico que produce la fonación y el conjunto del idioma. Pensamiento tiene la misma etimología que el verbo pesar. Tanto pensar como pesar arrancan del verbo latino *pendo*, ~ *is*, *pendere*. Las balanzas romanas hacían un uso visual de la gravedad, si me puedo expresar así, para determinar el peso de los objetos, que pendían, hasta que una medida restablecía el equilibrio en el fiel de la balanza. La semejanza del radical denota que la acción de pensar se halla asociada a la de sopesar, equilibrar, contrastar y finalmente identificar términos y conceptos opuestos. La acción de pensar nos indica que se trata de algo grave o de peso.

Razón alude a cuenta, cálculo, número, relación, medida. El significante *ratio* fue llevado, de la esfera comercial, al mundo del pensamiento y designa la actividad más alta del hombre. Concepto es de uso más restringido que los significantes anteriores, pues supone la elaboración que llamamos racional, trabajo mental que culmina en un término preciso, riguroso, que enlaza definiciones.

Con la palabra trabajan tanto la poesía como la filosofía, ya lo dije. La manera como cada una de estas dos grandes actividades del espíritu actúan sobre la palabra es, sin embargo, distinta. Los griegos no tenían significantes que diferenciaban lenguaje y razón: el mismo término designaba no sólo esos dos amplios espacios de la cultura, sino que abarcaba también lo que hoy llamamos discurso, palabra, ciencia, pensamiento.

El Evangelio de san Juan se inicia así: “en el principio era el *λόγος*”. Como está escrito en griego, el término del Evangelio se ha traducido, indistintamente, por “verbo” o por “palabra”. De ahí que Jesús sea el “Verbo encarnado” o la “Palabra hecha carne”. Para lo que aquí interesa, queda claro que *λόγος* puede ser sinónimo incluso de sabiduría (término que en latín se asocia al paladar, al sabor, *sapio*, ~ *is*, a la capacidad de degustar distintos sabores): el neologismo sabiduría tradujo el griego *σοφία* de modo imperfecto.

¿Qué intento destacar? Que, aun cuando la raíz de la poesía y la filosofía sea la misma (la palabra), igual que en un árbol, para seguir con esta